LIBRO QUINTO

I

Abbas Beati Martini

La fama de don Claudio se había extendido á larga distancia, y hacia la época, poco más ó menos, en que se negó á presentarse á la Señora de Beaujeu, le granjeó una visita que por largo tiempo quedó grabada en su memoria.

Era una tarde en que acababa de retirarse después del oficio á su celda canonical del claustro de Nuestra Señora, la cual, á excepción de algunas redomas de vidrio, apiñadas en un rincón y llenas de unos polvos asaz equívocos, que se parecían no poco á la pólvora, nada presentaba de singular ni misterioso. Verdad es que había por una parte y por otra algunas inscripciones en las paredes, pero todas ellas se reducían á puras sentencias de filosofía ó de devoción, sacadas de algunos buenos autores. Acababa el arcediano de sentarse á la luz de un velón de cobre, delante de un inmenso baúl cargado de manuscritos; tenía el codo apoyado en el libro abierto de Honorio de Autum, *de Praedestinatione et libero Arbitrio*, y hojeaba con pro-

funda reflexión un infolio impreso que acababa de traer, el único producto de la prensa que contenía la celda. En medio de sus meditaciones, oyó llamar á la puerta.—Quién es? preguntó el sabio con el tono amable de un perro hambriento á quien le quitan su hueso. Respondió una voz desde afuera:—Vuestro amigo Santiago Coictier.—Abrió Claudio inmediatamente.

Entró en efecto el médico del rey, personaje como hasta de cincuenta años, de cuya fisonomía sólo templaba la habitual dureza su mirada penetrante y sagaz. Acompañábale otro personaje; ambos llevaban sendos ropones de color de pizarra, forrados de chinchilla, ceñidos y bien cerrados, con gorros de la misma tela y del mismo color. Desaparecían sus manos bajo sus mangas, sus pies bajo sus ropones, y sus ojos bajo sus gorros.

—Así Dios me ayude, señores,—dijo introduciéndolos el arcediano,—como no esperaba tan apreciable visita á semejante hora. Y mientras hablaba con esta cortesía, pasaba del médico á su compañero una mirada inquieta y escudriñadora.

—Nunca es tarde para venir á visitar á un sabio tan considerable como don Claudio Frollo de Tirechappe, respondió el doctor Coictier, en cuyo acento del Franco-Condado arrastraban las frases con la majestad de una falda caudal.

Comenzó entonces entre el médico y el arcediano uno de aquellos prólogos congratulatorios que precedían en aquella época, según era uso á toda conversación entre sabios, y que no les impedían en lo más mínimo aborrecerse mutuamente con toda cordialidad, costumbre que también se conserva en el día. Toda boca de sabio que dirige cumplimientos á otro sabio es un vaso de hiel enmelada.

Las felicitaciones de Claudio Frollo á Santiago Coictier aludían sobre todo á las pingües ventajas temporales que el digno médico había sabido sacar, en el curso de su carrera tan envidiada, de todas las enfermedades del rey; operación de una alquimia mejor y más segura que la investigación de la piedra filosofal.

—A fe mía, señor doctor Coictier, que he tenido gran satisfacción al saber que ha ascendido á obispo vuestro sobrino, mi reverendo señor Pedro Versé. No es obispo de Amiens?

—Sí, señor arcediano, por la gracia y misericordia de Dios.

—Sabéis que daba gozo veros el día de nochebuena al frente de vuestra compañía del tribunal de cuentas, señor presidente?

—Vice-presidente, don Claudio, vice-presidente y nada más.

—Cómo va vuestra soberbia casa de la calle de San Andrés de los Arcos? Es todo un palacio. Mucho me gusta el albaricoque esculpido sobre la puerta con este gracioso equívoco: *A' l' abri-cotier.*

—¡Ah maese Claudio, y si vierais cuánto me cuesta esa obra! A medida que se edifica la casa, me arruino yo.

—Bah! pues no tenéis vuestras rentas de la cárcel y de la alcaidía del palacio y los réditos de todas las casas, tornos, chozas y puestos de la cerca? Eso se llama ordeñar una buena vaca.

—Mi capellanía de Poissy no me ha producido nada este año.

—Pero vuestros portazgos de Triel, de San James, de Saint Germán-en-Laya siempre son buenos.

—Ciento veinte libras, sin un parisí.

—Tenéis vuestro empleo de consejero del rey, y eso es seguro.

—Sí, amigo Claudio; pero esa maldita señoría de Poligny, que algunos creen tan pingüe, no me produce sesenta escudos de oro un año con otro.

Había en los cumplidos que dirigía don Claudio á Santiago Coictier aquel acento sardónico, agrio y sordamente burlón, aquella sonrisa triste y cruel de un hombre superior y desgraciado que se entretiene un rato distraído con la prosaica prosperidad de un hombre vulgar. El otro no lo advertía.

—A fe mía,—dijo en fin Claudio, apretándole la mano,—que me alegro de veros tan bueno.

—Gracias, amigo Claudio.

—Entre paréntesis,—exclamó el sacerdote,—cómo va vuestro augusto enfermo?

—No paga á su médico dignamente,—respondió el doctor echando una mirada al soslayo sobre su compañero.

—De veras, compadre Coictier?—dijo éste.

Estas palabras, pronunciadas en tono de sorpresa y de reconvención, llamaron sobre aquel incógnito personaje la atención del arcediano, que á decir verdad, no le había perdido de vista un solo instante desde que había penetrado en su celda aquel extranjero. Necesarias habían sido las mil razones que tenía para no indisponerse con el doctor Santiago Coictier, omnipotente médico del rey Luis XI, para que le hubiese recibido acompañado; así es que no puso muy buena cara cuando le dijo Coictier:

—A propósito, don Claudio, aquí os traigo á un compadre que viene atraído por vuestra fama.

—El señor es de la ciencia?—preguntó el arcediano, fijando en el compañero de Coictier su penetrante mirada, y entre cuyas fruncidas cejas halló unos ojos no menos penetrantes y desconfiados que los suyos. Era el tal, en cuanto se podía juzgar á la débil claridad de la lámpara, un anciano de como hasta sesenta años, de mediana estatura, y que parecía asaz enfermo y cascado. Su perfil, aunque bastante vulgar, tenía un no sé qué de poderoso y severo; sus ojos brillaban en honda

cavidad bajo los arcos de sus cejas, como una luz en el fondo de una caverna; y bajo la gorra que le caía sobre las narices, traslucíanse los anchos planos de una frente de genio.

El mismo se encargó de responder á la pregunta del arcediano:—Reverendo sacerdote,—le dijo en tono grave,—vuestra fama ha llegado á mis oídos, y he querido consultaros. Yo no soy más que un pobre hidalgo de provincia que se quita los zapatos antes de entrar en casa de un sabio. Quiero deciros mi nombre; me llamo el compadre Tourangeau.

—Extraño nombre para un hidalgo!—dijo entre sí el arcediano, el cual conoció sin embargo que se hallaba delante de un sér fuerte y serio. El instinto de su alta inteligencia hacíale adivinar otra no menos alta bajo la gorra de pieles del compadre Tourangeau, y al considerar aquel grave continente, fuese desvaneciendo poco á poco la expresión irónica que había hecho nacer en su rostro adusto la presencia de Santiago Coictier, como se desvanece el crepúsculo ante un horizonte nocturno. Volvió á sentarse triste y silencioso en su poltrona; su codo ocupó el lugar acostumbrado sobre su mesa, y su frente sobre su mano. Después de algunos momentos de meditación, hizo señal á los dos recién llegados de que se sentaran, y dirigió la palabra al compadre Tourangeau.

—Venís á consultarme, caballero; y sobre qué ciencia?

—Señor reverendo,—respondió el compadre,—estoy enfermo, muy enfermo. Dicen que sois un grande Esculapio, y vengo á pediros un consejo de medicina.

—Medicina!—dijo el arcediano levantando la cabeza. Quedó pensativo un breve rato, y luego añadió:—Compadre Tourangeau, pues este es vuestro nombre, volved la cabeza y hallaréis mi respuesta escrita sobre la pared.

Obedeció el compadre Tourangeau, y leyó encima de su cabeza esta inscripción grabada sobre la pared: «La medicina es hija de los sueños». YAMBLIQUE.

Oyó el doctor Santiago Coictier la demanda de su compañero con un despecho que hizo crecer la respuesta de don Claudio. Acercóse al oído del compadre Tourangeau y le dijo en voz tan baja que no pudo oirla el arcediano:—Bien os dije yo que era un loco. ¡Os habéis empeñado en verle!

—¡Es que no sería imposible que tuviese razón este loco, doctor Santiago!—respondió el compadre en el mismo tono y con amarga sonrisa.

—Como vos gustéis,—respondió Coictier con sequedad. Y luego, dirigiéndose al arcediano:—Muy de ligero partís, don Claudio, y así tratáis vos á Hipócrates como un mico á una avellana. ¡Que la medicina es un sueño! Dudo que los farmacópolas y maestros-mirras pudiesen resistir á la tentación de lapidaros si estuvieran presentes. Con que negáis la influencia de los filtros sobre la sangre, de los ungüentos sobre la carne! ¡Con que negáis la eterna farmacia de las flores y de los metales que se llama mundo, hecha de intento para el eterno enfermo que se llama hombre!

—Yo no niego,—dijo con frialdad don Claudio,—ni la farmacia, ni el enfermo; pero niego el médico.

—¿Luego no es cierto,—repuso acalorado Coictier,—que la gota es una herpes interna, que se cura una llaga de artillería con la aplicación de un ratón asado, y que una sangre joven debidamente infusa, comunica al doliente anciano la perdida juventud; no es cierto que dos y dos son cuatro, y que el emprostathonos sucede al opistathonos?

El arcediano respondió impasible:

—Hay ciertas cosas sobre las cuales pienso yo de cierta manera.

Coictier se puso encendido de cólera.

—Vamos, vamos, amigo Coictier, haya paz,—dijo el compadre Tourangeau.—El señor arcediano es nuestro amigo.

Serenóse Coictier refunfuñando entre dientes:—¡Al fin y al cabo es un loco!

—Pardiez, maese Claudio,—repuso el compadre Tourangeau después de un breve silencio,—que me fastidiáis; tenía dos consultas que haceros, una relativa á mi salud, y la otra á mi estrella.

—En ese caso,—respondió el arcediano,—si es tal vuestra idea, mejor hubierais hecho en no sofocaros subiendo los tramos de mi escalera. Yo no creo en la medicina; yo no creo en la astrología.

—¡De veras!—dijo el compadre asombrado.

Coictier reía con una risita falsa y violenta.—¡Bien veis que está loco,—dijo en voz baja al compadre Tourangeau;—no cree en la astrología!

—¡Para que vaya á imaginarse un hombre de juicio,—prosiguió don Claudio,—que cada rayo de una estrella es un hilo que llega hasta la cabeza de un hombre!

—Pues ¿en qué creéis vos?—preguntó el compadre Tourangeau.

Permaneció indeciso un momento el arcediano, y luego dejó escapar una sonrisa sombría que parecía desmentir su respuesta:—*Credo in Deum.*

—*Dominus nostrum*,—añadió el compadre Tourangeau, haciendo la señal de la cruz.

—*Amén*,—dijo Coictier.

—Reverendo maestro,—repuso el compadre,—me alegro en el alma de veros tan religioso. Pero sapientísimo señor, lo sois hasta el punto de no creer en la ciencia?

—No,—dijo el arcediano cogiendo del brazo al compadre Tourangeau, y un relámpago de entusiasmo brilló en sus ojos empañados;—no, yo no niego la ciencia.

No he rastreado por tantos años boca abajo, y las uñas en la tierra por los innumerables recodos de la caverna, sin ver á lo lejos, delante de mí, al fin de la obscura galería, una luz, una llama, una cosa, el reflejo sin duda del brillante laboratorio central en que los pacientes y los sabios descubrieron á Dios.

—En fin,—interrumpió Tourangeau,—¿qué cosa tenéis por verdadera y segura?

—La alquimia.

Coictier exclamó:—Pardiez, don Claudio, la alquimia tiene su razón sin duda, seguramente, pero ¿á qué fin blasfemar de la medicina y la astrología?

—¡Miseria toda la ciencia del hombre! ¡Miseria toda la ciencia del cielo!—dijo el arcediano con energía.

—Eso es hablar muy de ligero de Epidauro y de la Caldea,—replicó el médico con su risita falsa.

—Escuchad, señor Santiago, y hablemos de buena fe. Yo no soy médico del rey, y su majestad no me ha dado el jardín Dédalo para observar desde él las constelaciones. No os enfadéis, y escuchadme. Qué verdad habéis sacado, no diré de la medicina, que es cosa sobradamente ridícula, pero de la astrología? Citadme las virtudes del bustrofedon vertical, los hallazgos del número Ziruf y del número Zefirod?

—Negaréis,—dijo Coictier,—la fuerza simpática de la clavícula, y que de ella se deriva la cabalística?

—Error, señor Santiago! ninguna de vuestras fórmulas conduce á la realidad, al paso que la alquimia tiene sus descubrimientos. Pondréis en duda resultados como estos? El hielo encerrado debajo de tierra durante mil años se transforma en cristal de roca. El plomo es el abuelo de todos los metales. Porque el oro no es un metal; el oro es la luz. Bástanle al plomo cuatro períodos de doscientos años cada uno para pasar sucesivamente del estado de plomo al de arsénico rojo, del arsénico rojo al estaño, del estaño á la plata. Estos son

hechos; pero creer en la clavícula, en la luna llena y en las estrellas, es tan ridículo como creer en los habitantes del Gran Catay, que la oropéndola se convierte en topo, y los granos de trigo en pescados del género ciprino.

—Yo he estudiado la hermética,—exclamó Coictier, —y afirmo.....

El fogoso arcediano no le dejó acabar.—Y yo he estudiado la medicina, la astrología y la hermética! Sólo aquí se encierra la verdad (y esto diciendo tomó de sobre el baúl una redoma llena de los polvos de que antes hablamos), sólo aquí se halla la luz! Hipócrates es un sueño; Urania es un sueño; Hermes es un pensamiento. El oro es el sol; hacer oro es ser Dios. He aquí la única ciencia. Os digo que he sondado la medicina y la astrología! Miseria! miseria! el cuerpo humano, tinieblas! los astros tinieblas!

Y volvió á sentarse en su sillón en una actitud poderosa é inspirada. Observábale el compadre Tourangeau sin hablar palabra; Coictier se esforzaba por sonreir, se encogía imperceptiblemente de hombros, y repetía en voz baja:—Un loco!

—Y,—dijo de pronto el compadre Tourangeau,—habéis llegado á ese fin sublime? Habéis hecho oro?

—Si lo hubiera hecho,—respondió el arcediano articulando lentamente sus palabras como un hombre que medita lo que dice,—el rey de Francia se llamaría Claudio y no Luis.

El compadre frunció las cejas.

—Qué digo?—repuso don Claudio con una sonrisa desdeñosa.—Qué me importa el trono de Francia, á mí, que podría reedificar el imperio de Oriente?

—En buen hora!—dijo el compadre.

—Oh! pobre loco!—murmuró Coictier.

El arcediano prosiguió como si hablara consigo mismo:—Pero no, yo todavía tengo que rastrear; toda-

vía tengo que desollarme la cara y las rodillas contra los guijarros de la senda subterránea. Yo entreveo, pero no contemplo! deletreo, pero no puedo leer!.....

—Y cuando sepáis leer,—preguntó el compadre,—haréis oro?

—Quién lo duda!—dijo el arcediano.

—En ese caso, bien sabe Nuestra Señora que tengo grave necesidad de dinero, y que me convendría leer en vuestros libros. Decidme, reverendo sacerdote, es vuestra ciencia desagradable á Nuestra Señora?

A esta pregunta del compadre, contentóse don Claudio con responder con serena altivez:—De quién soy arcediano?

—Así es la verdad, pero decidme: queréis iniciarme? queréis enseñarme á deletrear?

Tomó Claudio la actitud majestuosa y pontifical de un Samuel.

—Anciano, más años se necesitan de los que os quedan de vida para emprender ese viaje que decís por el campo de las cosas misteriosas. Vuestra cabeza ya es de color gris! no se sale de la caverna más que con cabellos blancos; pero no se entra en ella más que con cabellos negros. La ciencia sola basta para surcar, ajar y desecar los rostros humanos, y no necesita que la ancianidad la traiga semblantes ya cubiertos de arrugas. Sin embargo, si deseáis iniciaros en la disciplina á vuestra edad, y descifrar el terrible alfabeto de los sabios, bien, venid á mí y probaremos. No os diré, pobre anciano, que vayáis á visitar las estancias sepulcrales de las pirámides de que habla el antiguo Herodo, ni la torre de ladrillo de Babilonia, ni el inmenso santuario de mármol blanco del templo indiano de Eklinga. Tampoco he visto yo los edificios de la Caldea construídos según la forma sagrada de Sikra, ni el Templo de Salomón, que está destruído, ni las puertas de piedra del sepulcro de los reyes de Israel, que están

ya rotas; tendremos que contentarnos con los fragmentos del libro de Hermes que tenemos aquí. Os explicaré la estatua de San Cristóbal, los símbolos del sembrador, y el de los ángeles que están en la portada de la santa capilla, uno de los cuales tiene puesta la mano en un vaso y el otro en una nube.....

Al llegar aquí, Santiago Coictier, á quien habían desconcertado las fogosas réplicas del arcediano, volvió á cobrar aliento y le interrumpió con el tono triunfante de un sabio que corrije á otro sabio:—*Erras, amice Claudi.* El símbolo no es el número, tomáis á Orfeo por Hermes.

—Vos sois el que erráis,—replicó gravemente el arcediano.—Dédalo es el basamento, Orfeo es la pared, Hermes es el edificio, el todo. Venid, cuando gustéis, —prosiguió volviéndose á Tourangeau,—y os enseñaré los residuos del oro que se ven en el fondo del crisol de Nicolás Flamel, y los compararéis al oro de Guillermo de París. Os enseñaré las virtudes secretas de la palabra griega *peristera*. Pero ante todas cosas, os haré leer una después de otra las letras de mármol del alfabeto, las letras de granito del libro. Iremos desde la portada del obispo Guillermo y de Saint Jean-le Rond á la capilla Santa, luego á la casa de Nicolás Flamel, calle Marivaulx, á su sepulcro que está en el cementerio de los santos inocentes y á sus dos hospitales, calle de Montmorency. Os haré leer los jeroglíficos que cubren los cuatro grandes morillos de hierro de la puerta del hospital de San Gervasio y de la calle de la Ferronerie; también deletrearemos juntos las fachadas de san Cosme, de santa Genoveva-des-Ardenx, de san Martín, de Santiago-de-la-Boucherie...

Largo rato hacía ya que el compadre Tourangeau, por más inteligente que fuese la expresión de su mirada, parecía no comprender á don Claudio; al fin le interrum-

pió:—Pascua de Dios! qué diablos de libros son los vuestros?

—Ese es uno,—dijo el arcediano.

Y abriendo la ventana de la celda, designó con el dedo la inmensa iglesia de Nuestra Señora que destacando sobre un cielo estrellado la negra silueta de sus dos torres, de sus costillas de piedra y de su monstruosa grupa, parecía un enorme esfinge de dos cabezas, sentado en medio de la ciudad.

Consideró el arcediano en silencio por un buen rato el gigantesco edificio, y alargando luego con un suspiro su mano derecha hacia el libro impreso que estaba abierto sobre la mesa, y la izquierda hacia Nuestra Señora, y llevando una mirada triste del libro hasta la iglesia.—Ah! dijo: esto matará á aquello.

Coictier, que se había acercado al libro apresuradamente, no pudo menos de exclamar:—Pues qué libro es ese para inspirar tales temores?—GLOSA IN EPISTOLAS *D. Pauli. Nurimbergæ, Antonius Koburger.* 1474. Esto no es nuevo; ni es más ni menos que un libro de Pedro Lombard, el maestro de las sentencias. Lo decís porque está impreso?

—Habéislo acertado,—respondió Claudio, que parecía sumergido en profunda meditación, y permanecía en pie apoyando su índice en un infolio estampado en las famosas prensas de Nuremberg. Luego añadió estas palabras misteriosas:—Ah! las pequeñas cosas acaban con las grandes; un diente triunfa de un mole. El ratón del Nilo mata al cocodrilo, el espadarte mata á la ballena, el libro matará al edificio!

Dieron las oraciones del claustro en el momento en que el doctor Coictier repetía en voz baja á su compañero su eterno estribillo:—Es un loco!

A lo que entonces respondió el compañero:

—Creo que sí.

Era aquella la hora en que ningún forastero podía

quedarse en el claustro, por lo que al punto se retiraron los dos intrusos.—Señor sacerdote,—dijo el comprade Tourangeau despidiéndose del arcediano, mucho me gustan los sabios y las grandes inteligencias, y os miro con aprecio singular. Id mañana al palacio de las Tournelles, y preguntad por el abad de san Martín des-Tours.

Volvió á su estancia el arcediano estupefacto, conociendo por fin quién era el compadre Tourangeau, y recordando aquel pasaje del cartulario de San-Martín-des-Tours: *Abbas beati Martini,* SCILICET REX FRANCIÆ, *est canonicus de consuetudine, et habet parvam præbendam quam habet Sanctus Venantius, et debet sedere in Sede thesaurarii.*

Asegurábase que desde aquella época tenía el arcediano frecuentes entrevistas con Luis XI cuando iba su majestad á París, y que la privanza de don Claudio hacía sombra á Oliveros-el-Samo y á Santiago Coictier, el cual según su costumbre echaba por ello al rey muy severas reprimendas.

II

Esto matará á aquello

Nuestros lectores nos perdonarán si nos detenemos un momento á examinar cuál podía ser el pensamiento oculto en estas palabras enigmáticas del arcediano: —«Esto matará á aquello. El libro matará al edificio.»

A nuestro modo de ver, dos son las fases de este pensamiento: en primer lugar era un pensamiento de sacerdote; era el terror del sacerdocio delante de un agente nuevo, la imprenta; era el espanto y el deslumbramiento del hombre del santuario delante de la